



El Cáliz

MISIONEROS DE LA PRECIOSA SANGRE
No. 18, Abril 2005

de la Nueva Alianza

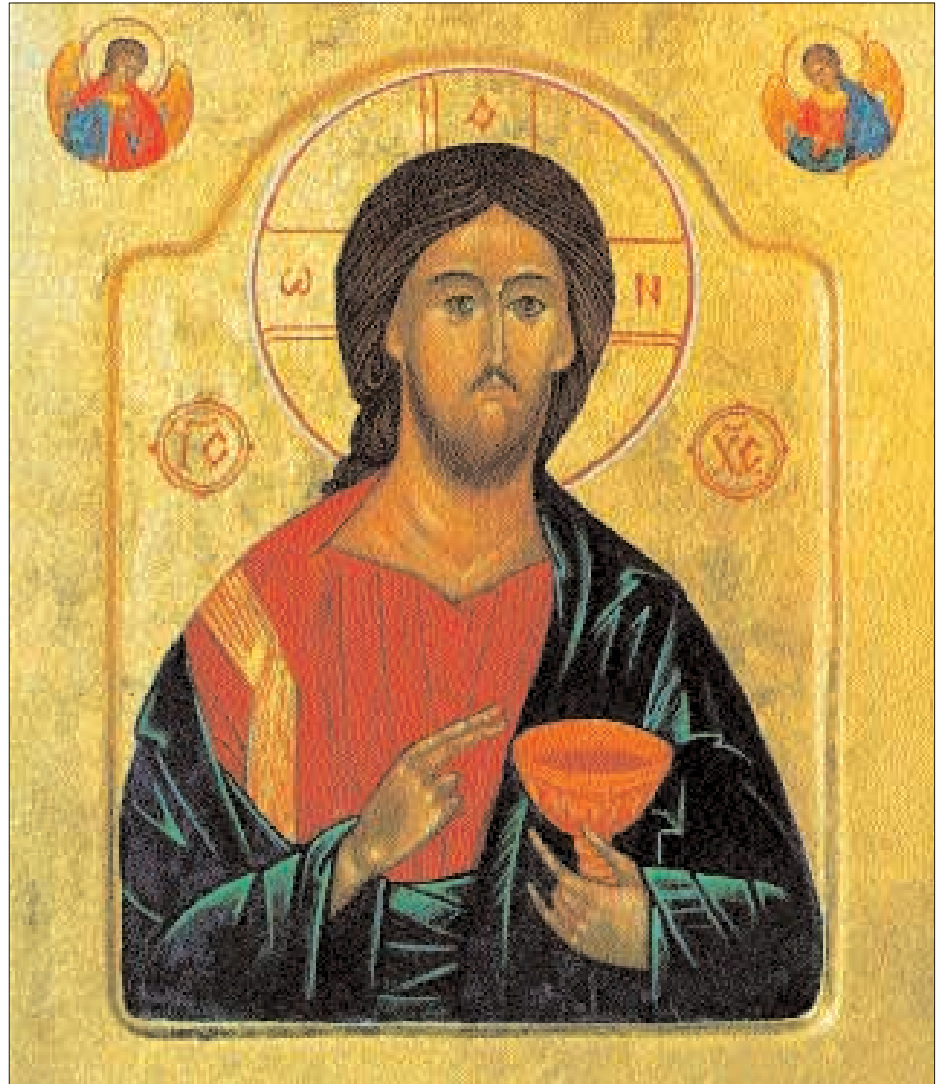
La Eucaristía

por Barry Fischer, C.P.P.S.

En su mensaje a las religiosas y los religiosos de todo el mundo en ocasión del 2 de febrero el Santo Padre invitaba a todas las personas consagradas a profundizar su participación diaria en el sacramento de la Eucaristía. Citando la Exhortación Apostólica *Vita consecrata* nos recuerda que “por su naturaleza, la Eucaristía ocupa el centro de la vida consagrada, personal y comunitaria. Ella es viático cotidiano y fuente de la espiritualidad de cada Instituto” (#95).

Nuestros *Textos Normativos* hablan de la centralidad de la Eucaristía: “Dado que la Sangre de Cristo es el signo más sublime de su misterio pascual, que se renueva sacramentalmente en la Eucaristía, la manera de honrarla especialmente es a través de una participación plena en el Sacrificio de la Misa” (art. C4).

Ver página 15



El Corazón eucarístico de Jesús, icono de la Hna. Laurentine Chiasson

Toma este Cáliz...

Una reflexión sobre la Comunión con el cáliz

por Hna. Joyce Ann Zimmerman, C.P.P.S. 4

Contemplación eucarística

por Ernest Ranly, C.P.P.S. 6

Cristo en medio de nosotros: la dimensión social de la adoración eucarística

por Hna. Elizabeth Mary, S.P.B. 9

Inculturación del Evangelio en la Celebración Eucarística

por Dario Caal Xi, C.P.P.S. 10

La Eucarstía: de un corazón de piedra a un corazón de carne

por Juan Pedro Ruiz Luengo 13

Un proyecto de solidaridad para toda la humanidad

por Robert Schreiter, C.P.P.S.

Durante este año dedicado especialmente a la Eucaristía en nuestra Iglesia tenemos que aprovechar para profundizar en las múltiples facetas que presenta una espiritualidad eucarística en nuestra vida. Para la familia C.P.P.S. esto reviste una importancia especial, ya que la Eucaristía – especialmente como

“cáliz de sufrimiento y cáliz de bendición” – es un aspecto central de la espiritualidad de la Preciosa Sangre. Hemos de profundizar también en la vinculación que existe entre la espiritualidad eucarística y nuestro carisma de la predicación de la Palabra.

Ver página siguiente

Un punto de partida fructífero es la Carta apostólica del Papa Juan Pablo II “*Mane nobiscum*” (“Quédate con nosotros”), con la que ha inaugurado el Año de la Eucaristía el 7 de octubre de 2004. La Carta cuenta con una gran riqueza de reflexiones acerca de la Eucaristía, que deberían ser objeto de un estudio frecuente durante este año.

EL MINISTERIO DE LA PALABRA

El Papa nos recuerda el significado de lo que los Padres del Concilio Vaticano II llamaron la “*mesa de la Palabra*” (Cf. *Sacrosanctum Concilium*, 51). La celebración de la Eucaristía, con su Liturgia de la Palabra, es un lugar importante de la presencia de Cristo entre los fieles reunidos para dar gracias y alabar. Nuestros *Textos Normativos* dicen expresamente que nuestro carisma es el “*Ministerio de la Palabra*” en todas sus dimensiones. Llevar el evangelio a todos los pueblos con nuestra palabra, nuestro testimonio, y nuestras obras es una presencia eucarística, una presencia que ha de realizarse con respeto y diligencia, y con una preparación adecuada. Como hemos renovado nuestro apostolado a la luz de esa Palabra, nos incumbe reflexionar sobre ella no meramente como una información, y ni siquiera solamente como una revelación, sino como la encarnación misma de la presencia divina. Nuestra predicación, el testimonio que damos de lo que la Palabra significa para nosotros, y las obras que fluyen de su contemplación han de estar impregnados de ese sentido de la Presencia divina.

LA CULTURA DE LA EUCARISTÍA

El Papa alude también en la Carta a una “*cultura de la Eucaristía*” (no. 26). Ya nos hemos familiarizado con sus frecuentes pronunciamientos sobre la cultura de la vida y la cultura de la muerte, desde la encíclica “*Evangelium vitae*”. En los círculos C.P.P.S., especialmente a través de los escritos del P. Barry Fischer, hemos estudiado el significado de estas “*culturas*” para nuestra espiritualidad y nuestro ministerio. ¿Qué es una cultura de la Eucaristía?

El Papa sugiere que se trata de una cultura guiada y plasmada por un punto de referencia trascendente –

“La conmoción [de los discípulos de Emaús] se repite en nosotros cuando experimentamos el momento en que se produce la reconciliación y se curan las heridas, y vemos la acción de la mano de Dios.”

Dios, que es el creador de todas las cosas – que pone en perspectiva toda la realidad creada. Una perspectiva, dice, que “nos compromete constantemente a dar gracias por todo lo que tenemos y somos”. Una cultura de la Eucaristía hace surgir dentro de nosotros la conciencia de que todo lo

una cultura de espíritu generoso y de diálogo es un aporte importante al mundo de hoy. Cristo es nuestra paz (cf. Ef. 2, 4), que derriba los muros de hostilidad que nos dividen. Cristo es el que hace la paz mediante la sangre de su cruz (Col. 1, 20). Un enfoque centrado en la pacificación y la reconciliación constituye, sin lugar a dudas, el núcleo de una espiritualidad de la Preciosa Sangre.

CONMOCIÓN EUCARÍSTICA

El párrafo 29 de la Carta habla de la conmoción eucarística. Fue ésa la conmoción que sintieron los discípulos de Emaús cuando descubrieron quién era el desconocido que partía con ellos el pan (Lc 24, 31f). Esa conmoción se repite en nosotros cuando experimentamos el momento en que se produce la reconciliación y se curan las heridas, y vemos la acción de la mano de Dios. Una conmoción total y permanente ante el amor tan profundo de Dios debería



Celebración de la Eucaristía en St. Gaspar Bhavan, Bangalore, India

que tenemos y somos nos viene como un don. La sensación de haber recibido esos dones evoca en nosotros un sentido de generosidad y de apertura hacia los otros, que también son agraciados. Crea, como dice el Papa, una cultura de diálogo.

En un mundo tan marcado por la división — por los conflictos étnicos y religiosos, por una competencia cada vez mayor en todas las fases de la vida, por el temor o el desprecio a los inmigrantes y a otras personas diferentes de nosotros — promover

caracterizar todo nuestro trato con las demás personas, especialmente aquéllas que no comprendemos o de las que nos sentimos alejados.

La palabra que está de moda actualmente para describir situaciones en las que personas que provienen de diferentes ambientes culturales pueden vivir juntos es “*convivencia*”. Una palabra que fue utilizada por primera vez en Brasil para indicar esos momentos en los que las personas realmente se relacionan, aprenden unas de otras y viven jun-

tas. El Papa evoca esta misma idea en su Carta cuando nos recuerda las palabras de la hermosa antifona de Palestrina “O Sacrum Convivium in quo Christus sumitur”-“O sacra Convivencia, en la que se recibe a Cristo”. Celebrar la Eucaristía es vivir juntos la experiencia de una profunda vinculación con el Señor y con toda la Iglesia. Es esa experiencia la que nutre constantemente la cultura de la Eucaristía, ese vivir en la conmoción eucarística.

UN PROYECTO DE SOLIDARIDAD PARA TODA LA HUMANIDAD

A pesar de la centralidad de esta experiencia de vivir juntos en armonía, el Papa no deja de recordarnos la importancia de prestar atención a lo que sucede más allá de los confines de la Iglesia. La Eucaristía “no sólo es expresión de comunión en la vida de la Iglesia; es también proyecto de solidaridad para toda la humanidad” (no. 27). Si nosotros, en cuanto pueblo eucarístico, somos de hecho “signo y sacramento” para el mundo, “signo y sacramento” de la unidad de todo el género humano (*Lumen gentium*, 1), nuestra vida eucarística ha de expresarse en solidaridad con toda la humanidad. Como familia C.P.P.S. hemos reflexionado a menudo en los últimos años sobre el “grito de la sangre”, o sea sobre cómo los pobres y la humanidad doliente nos gritan pidiendo redención y liberación, y cómo la Sangre de Cristo nos invita a responder. Los acontecimientos recientes como el conflicto en Darfur y el tsunami de 2004 en el Océano Índico nos recuerdan la vulnerabilidad y el dolor de los pobres de todo el mundo, y nos convocan a actuar. Pero nuestra misión no consiste solamente en responder a las emergencias que surgen. Estamos llamados, como nos lo recuerda el Papa, a un *proyecto de solidaridad* para toda la humanidad. No tenemos



Miembros de la Provincia del Pacífico celebran la Eucaristía en su asamblea provincial de 2002

que responder solamente a las necesidades humanas inmediatas, sino también crear las condiciones de una solidaridad mayor y duradera.

Tomemos por ejemplo el África. Hay muchas necesidades inmediatas creadas por la pobreza, la enfermedad y las consecuencias de los conflictos civiles. Últimamente la Unión Europea, bajo la dirección del Reino Unido, ha invitado a todo el mundo a construir un proyecto de solidaridad con el continente africano. La carga agobiadora de la deuda externa, la pandemia del SIDA, y los continuos conflictos étnicos y civiles pueden conspirar para hacer que una gran parte del mundo quiera olvidarse totalmente del África. La construcción de un proyecto de solidaridad supondría tratar estas cuestiones de forma tal que no se permitiera su repetición ni continuación. Vivir en un proyecto de solidaridad es una forma concreta de vivir el “vínculo de la caridad” que San Gaspar nos invitó a todos a vivir.

El Papa ofrece su propia lista de necesidades que han de tenerse en cuenta en un proyecto de solidaridad. Menciona concretamente la po-

“En el marco de nuestra espiritualidad de la Preciosa Sangre, hemos de abrazar el cáliz del sufrimiento que es la bebida amarga de muchos en el mundo. Y también alzamos el cáliz de bendición alabando a Dios por el don de la vida que nos marca como creaturas.”

breza, el hambre, la enfermedad, la soledad de los ancianos, la desazón de los parados, el trasiego de los emigrantes (no. 28). “En base a este criterio, dice, se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas”.

Una espiritualidad eucarística nos invita a muchas cosas: a la alabanza, a la adoración, a la comunión, a la lucha por la justicia. En el marco de nuestra espiritualidad de la Preciosa Sangre, hemos de abrazar el cáliz del sufrimiento que es la bebida amarga de muchos en el mundo. Y también alzamos el cáliz de bendición alabando a Dios por el don de la vida que nos marca como creaturas. Este año de la Eucaristía es una oportunidad para profundizar nuestra comunión con Dios y con toda la humanidad. ♦

“Si nosotros, en cuanto pueblo eucarístico, somos de hecho ‘signo y sacramento’ para el mundo, ‘signo y sacramento’ de la unidad de todo el género humano (*Lumen gentium*, 1), nuestra vida eucarística ha de expresarse en solidaridad con toda la humanidad.”

TOMA ESTE CÁLIZ...

Una reflexión sobre la Comunión con el cáliz

Como mis padres no solían tomar bebidas alcohólicas, cuando yo era pequeña no las veía mucho en casa. Tal vez por eso a los chicos nos gustaba tomar un poco de vino cuando nuestros padres lo servían en ocasiones especiales. Por supuesto que nos lo daban con agua, y ni aún así nos gustaba demasiado: lo único que queríamos era participar en este signo festivo particular. Éste es el recuerdo que tengo del vino desde mi infancia: como signo de fiesta, participación, y sensación de formar parte de un grupo adulto. La comunión con el cáliz tiene este mismo efecto: comulgar en el banquete eucarístico es compartir una comunión muy especial.

A partir del Concilio Vaticano II, que abrió el camino a las reformas litúrgicas, la comunión con el cáliz se permitió al principio sólo en raras ocasiones. Por ejemplo, a los novios en la misa nupcial y a los religiosos y las religiosas en la misa de profesión. Con el tiempo, esa forma de participar en la Eucaristía se fue haciendo cada vez más común, y ahora en la mayoría de las parroquias se suele comulgar bajo las dos especies todos los domingos, y en muchas parroquias se hace en la misa de todos los días. Por supuesto que al comulgar sólo bajo la especie del pan se recibe el Cristo total, como lo ha enseñado la Iglesia durante muchos siglos. Pero también es verdad que de esa forma se pasa por alto el simbolismo importante que transmite el cáliz. Para apreciar con mayor profundidad tanto el don como el desafío que representa la comunión con el cáliz, detengámonos a observar su valor simbólico.

RIQUEZA DEL SIMBOLISMO

por Hna. Joyce Ann Zimmerman, C.PPS.

Romano lo establece muy claramente: “La Sagrada Comunión tiene una forma mayor como signo cuando se distribuye bajo las dos especies” (*IGMR 2002* no. 281; casi todos los documentos sobre la Eucaristía, desde la *Constitución sobre la Sagrada Liturgia* en adelante, mencionan este simbolismo mayor). El documento menciona dos razones específicas por las que el signo es más pleno: 1) “la nueva y eterna Alianza, que se ratifica en la Sangre del Señor” y 2) “la relación entre el banquete eucarístico y el banquete escatológico en el Reino del Padre.

NUEVA ALIANZA EN LA SANGRE

En el Antiguo Testamento las alianzas son comunes: en efecto, Dios hizo varias alianzas con la humanidad – por ejemplo, con Adán (Gn 1, 26-30), Noé (Gn 9, 8-17), Abrahán (Gn 15, 4-6; 17, 2-10). Pero la más importante es la alianza con

“Por la Sangre de Cristo participamos de manera especial en la misma vida divina, nos elevamos a una nueva relación de alianza con Dios como hijas e hijos, y recibimos la misma promesa de vida resucitada concedida al Hijo divino.”

Moisés, en la que el signo de la ratificación de la alianza es la aspersión de la sangre sobre el pueblo (Ex 24, 8): “Ésta es la sangre de la Alianza que Yahvé ha hecho con vosotros, según todas estas palabras.” Esta aspersión de la sangre es un signo de la vida compartida; la alianza se sella con la vida. En la mentalidad hebrea, la sangre era la sede de la vida y, dado que Dios es la fuente de la vida, la aspersión con la sangre indicaba la relación especial que establecía la alianza y que consistía en la comunión de vida con Dios.

Tanto Mateo (Mt 26, 28) como Marcos (Mc 14, 24) relacionan el cáliz de la última cena con la alianza. Pero son Lucas (Lc 22, 20) y Pablo (1 Cor 11, 25) quienes se refieren explícitamente a una *nueva* alianza. Ya no es la sangre de un animal sacrificado la que sella la alianza, sino la Sangre del Hijo divino. Además, la comunión de vida con Dios hecha posible con la alianza del Antiguo Testamento constituye un paso más en esta nueva alianza – por la Sangre de Cristo participamos de manera especial en la misma vida divina, nos elevamos a una nueva relación de alianza con Dios como hijas e hijos, y recibimos la misma promesa de vida resucitada concedida al Hijo divino.

La comunión con el cáliz es una forma actual y palpable de sumergirnos en la ratificación de la nueva alianza en la Sangre de Cristo. Es una celebración del *don* de una relación única y sin precedentes con Dios por la cual participamos en la vida divina y en la misma misión de Cristo. Además, beber profundamente es un *desafío* a ser fieles a nuestra nueva identidad en Cristo y a la misión que se nos ha confiado. Nuestra participación en la Sangre

de Cristo es una participación en el acto mismo de la redención.

BANCHETE ESCATOLÓGICO

En muchas culturas el vino suele relacionarse con el hecho de festejar, incluso en países en los que el vino es una bebida habitual en las comidas. Su contenido alcohólico da calor al cuerpo, alegra el corazón, suelta la lengua para una conversación y comunión más íntimas. Beber del cáliz es una forma de recordarnos que hemos sido invitados a compartir una fiesta alegre sentados a la mesa del Señor, a “venir, sin plata y sin pagar, [a] tomar vino ...” (Is 55:1). Beber del cáliz recuer-

“Beber profundamente es un desafío a ser fieles a nuestra nueva identidad en Cristo y a la misión que se nos ha confiado.”

da que éste es un banquete *mesiánico*, una fiesta durante la cual participamos desde ya en la abundancia escatológica del cielo. Nos recuerda que Dios nos ofrece la plenitud de vida ya desde ahora y al mismo tiempo es una promesa de la plenitud de la vida eterna que vendrá. Nos ayuda a relacionar la abundancia de este banquete eucarístico con el don divino de la abundancia del banquete escatológico. ¡El cielo en la tierra!

Los que estamos dedicados a la Preciosa Sangre sabemos que beber del cáliz tiene su costo y constituye un desafío muy exigente; por eso para nosotros no se trata de venir “sin pagar”. En el acto de beber nos unimos con el Señor de una manera muy profunda entregándonos por los demás con la misma totalidad con que Él se entregó por nosotros. El regocijo de la fiesta nos fortalece para afrontar las exigencias del discípulado y nos promete que Dios nos

“El ‘costo’ que hay que pagar para beber del cáliz no se sufraga con dinero sino con nuestra vida, entregada por los demás, como la vida de Cristo entregada por nosotros.”

nutrirá para completar la misión que Cristo nos confió. El “costo” que hay que pagar para beber del cáliz no se sufraga con dinero sino con nuestra vida, entregada por los demás, como la vida de Cristo entregada por nosotros. Esto es lo que nos permite captar el aspecto más profundo de la espiritualidad de la Preciosa Sangre: entregando nuestra vida como lo hizo Cristo, nos unimos de manera muy intensa con aquéllos que Cristo nos enseñó a amar, y en él llegamos a ser una sola cosa con ellos.

TOMA ESTE CÁLIZ...

Comulgar con el cáliz es un don y un desafío, a la vez. Un don, porque es un gesto muy profundo de la nueva vida y alianza que se nos ha ofrecido en Cristo. Un desafío, porque beber

del cáliz es beber del pozo de la autodonación de Jesús que nos urge a darnos a los demás. Tal vez sea éste el motivo por el que muchos se resisten a beber del cáliz; porque intuyen el costo que entraña. Para los que estamos dedicados a la Preciosa Sangre, beber del cáliz es un memorial de nuestra nueva relación con Dios, de la misión salvadora que se nos ha confiado, de la vida compartida ya desde ahora, y de la promesa de su plenitud que ha de venir. Pero lo más importante es que beber del cáliz es compartir un vínculo de *vida*, un vínculo sellado en una nueva alianza de la Sangre derramada como expresión de amor y fidelidad.

Siendo tan importante lo que está en juego, ¿se puede pasar por alto el cáliz? ♦



CONTEMPLACIÓN EUCARÍSTICA

por Ernest Ranly, C.P.P.S.

La Carta Apostólica *Mane nobiscum, Domine* del Papa Juan Pablo II ha declarado el período comprendido entre octubre de 2004 y octubre de 2005 como Año de la Eucaristía. En la carta se recuerda sucintamente cómo nos ha preparado la Santa Sede para este año eucarístico, de lo cual estamos agradecidos. Aunque algunos de los documentos anteriores del Vaticano se concentran en cuestiones relacionadas con rúbricas, doctrina, historia y disciplina, el tema subyacente revela una verdad sólida e irrefutable: la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia.

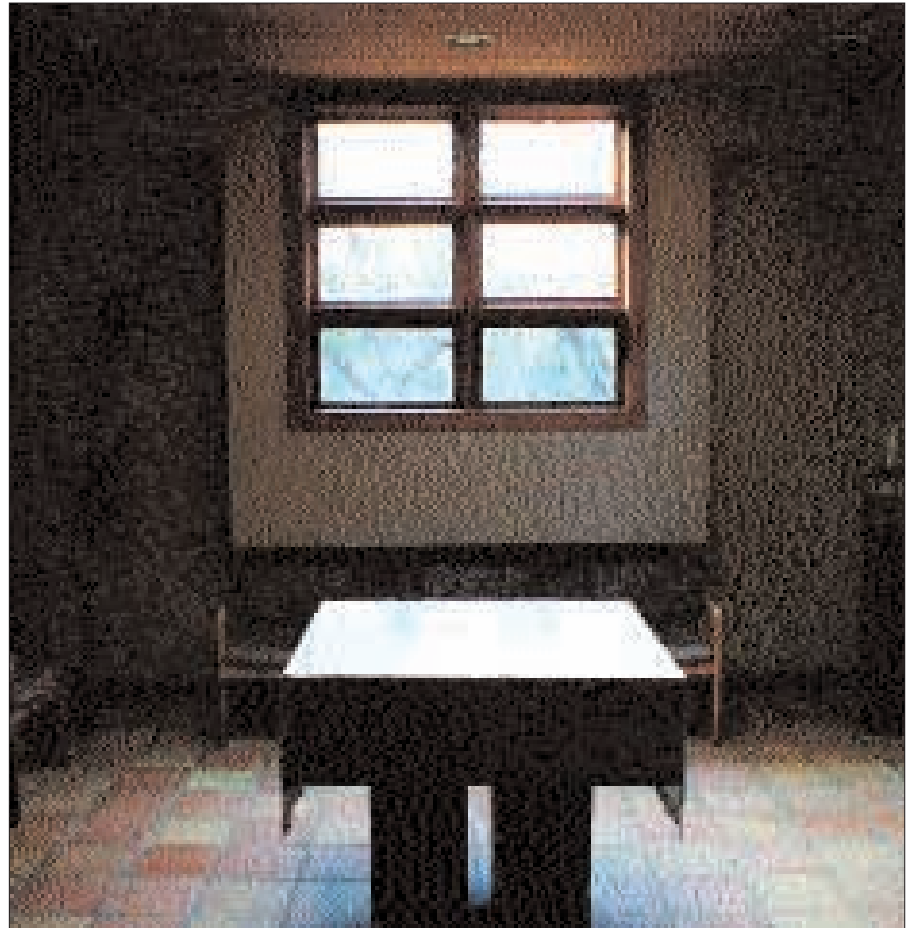
Para este número de *El Cáliz de la Nueva Alianza* se me pidió que centrara la atención en la contemplación eucarística fuera de la misa, tema constante en los documentos papales. En los últimos años he tenido la oportunidad de abordar en diversos libros y en publicaciones más pequeñas dos temas, a saber: la contemplación eucarística como tal, y cómo llevar a la oración personal las oraciones litúrgicas que encontramos en el Misal Romano. Aquí quiero referirme a estos mismos temas, pero situándolos en el marco propio de nuestra Congregación misionera, que es un instituto religioso o una sociedad de vida apostólica.

LA ORACIÓN LITÚRGICA: UNA TESORERÍA RICA

Los discípulos le pidieron a Jesús: “enseñanos a orar”. Nosotros podríamos decir: “enseñanos a rezar como reza la Iglesia”. “Enseñanos a rezar en nuestra oración personal (privada) como la Iglesia reza en sus oraciones litúrgicas”.

Antes de las reformas litúrgicas del Vaticano II, muchos laicos tenían sus misales dominicales y misales diar-

día. Ni los sacerdotes ni los laicos toman las oraciones del Misal Romano como guías o modelos para la oración personal (privada). Todo un tesoro que estamos descuidando.



Capilla de la Casa de Oración para Sacerdotes, Orange, California

ios, traducidos del latín. Ahora que todas las celebraciones se hacen en lengua vernácula, aquellos misales han pasado de moda, reemplazados por la hoja dominical.

Cuando los grupos preparan la liturgia de la semana siguiente, la atención se concentra (casi exclusivamente) en las lecturas bíblicas del

Estamos perdiendo la oportunidad de aprender una forma de orar muy peculiar y positiva.

Lo primero que cabe señalar es que casi todas las oraciones del Misal Romano se dirigen inmediatamente a Dios, nuestro Padre. Al igual que en la misa, es el Pueblo de Dios el que, en la persona del sacerdote que preside, ofrece la acción de gracias, la alabanza y el sacrificio al Padre por medio de su Hijo Jesús, nuestro Señor. Lo cual se encuentra en abierto contraste con la mayoría de las oraciones de los devocionarios comunes. En efecto, muchas “preces devocionales” se dirigen inmediatamente a Jesús, a María o a los santos. ¿No deberíamos aprender a rezar en

“Las oraciones tradicionales más antiguas del Misal son muy cortas, a la vez que muy precisas. ...las oraciones antiguas son muy superiores a las de ahora, demasiado copiosas de palabras.”

nuestra oración personal con el espíritu y la lógica de las oraciones litúrgicas de la Iglesia?

PRECES DEVOCIONALES A LA PRECIOSA SANGRE

El modelo de las oraciones de la Iglesia es especialmente importante para nuestras “preces devocionales” a la Preciosa Sangre. Es verdad que en las letanías aprobadas por el Papa Juan XXIII nos dirigimos directamente a la Sangre de Cristo y la invocamos diciendo: “Sálvanos”. Pero en la liturgia ofrecemos la Sangre sacrificial al Padre en acción de gracias, adoración y petición. Desde el prólogo del evangelio de Juan hasta los grandes himnos cristológicos de los primeros cristianos (Ef 1, 3-14; Ef 2, 11-23; Col 1, 15-20; Flp 2, 5-11; Rm 5, 5-11) nos sentimos sobrecogidos por el anuncio del plan de salvación del Padre que se ha realizado en el Hijo, “mediante su Sangre”.

La larga historia de la oración más apreciada por nuestras comunidades, “los siete ofrecimientos”, se inscribe en esta tradición bíblica. En esa oración nos dirigimos al “Padre eterno” a quien ofrecemos “la Sangre Preciosa de Jesús, derramada en la cruz”, haciendo una referencia directa al momento histórico/encarnacional”. Después nos centramos en la Eucaristía, “presentada en sacrificio cada día sobre el altar”. Siguen a continuación siete peticiones que, en cuanto a contenido y estilo, prefiguran la “oración de los fieles” que solemos utilizar ahora en las liturgias públicas. ¡Y eso que nuestra Congregación comenzó a rezar la oración de “los siete ofrecimientos” un siglo y medio antes del Vaticano II!

LA ORACIÓN POR EXCELENCIA

Las oraciones tradicionales más antiguas del Misal son muy cortas, a la vez que muy precisas. (Desde el punto de vista estético y ascético las oraciones antiguas son muy superiores a las de ahora, demasiado copiosas de palabras). Una de las dificultades que tenemos hoy es que las traducciones del latín a los idiomas modernos no son uniformes.

NUEVAS PUBLICACIONES

Agenda 2005: Ogni giorno con San Gaspare del Bufalo. Gruppo “Spiritualità del Sangue di Cristo,” editores. (Roma: Centro Studi Sanguis Christi, 2005).

The Cry of the Blood: The Challenge of Refounding (nueva versión inglesa). Barry Fischer, C.P.P.S. (Cartagena, Ohio: The Messenger Press, 2004).

Pictorial Necrology of the C.P.P.S., actualizada hasta 2004. Milton Ballor, C.P.P.S. (disponible en CD).

Testi Patristici sul Sangue Cristo IX: Padri Orientali del II-V Secolo (Textos patrísticos sobre la Sangre de Cristo IX: los Padres de los Siglos II-V). Editado por Tullio Veglianti, C.P.P.S. (Roma: Pia Unione Preziosissimo Sangue, 2003).

VIII Jornadas de Espiritualidad de la Preciosa Sangre: La Espiritualidad de la Sangre de Cristo Hoy. Misioneros de la Preciosa Sangre. (Cáceres, España, 2004).

Si tiene interés en algunas de estas publicaciones, póngase en contacto con el Generalato.

La oración por excelencia es la Colecta de la Misa. Tomo por ejemplo, la colecta del primer domingo del tiempo ordinario:

“Señor, acoge favorablemente los deseos y las oraciones de tu pueblo: danos la luz para conocer tu voluntad y la fuerza necesaria para cumplirla.”

Obsérvese la brevedad. En esta oración, el “Señor” es, por supuesto, Dios – Padre/Madre – nuestro Señor. En español usamos el “tú” para invocar al “Señor”, porque es más familiar. En la oración se alude a los “deseos y oraciones de tu pueblo” sin presentar una larga lista de peticiones (como solemos hacer nosotros). Nuestro Padre/Madre celestial sabe lo que sus hijos necesitan antes de que se lo pidan. “Danos la luz para conocer tu voluntad”. “Danos la fuerza necesaria para cumplirla”. Dos peticiones bien centradas y formuladas con una lógica impecable.

Así reza la Iglesia en su liturgia pública. ¿No podríamos llevar esas oraciones del Misal (y de la Liturgia de las Horas) al silencio de nuestra habitación o ante el Santísimo Sacramento, y desde ellas abrir nuestros corazones a los misterios más profundos del amor de Dios?

ENTRAR EN LA PRESENCIA EUCARÍSTICA

El tiempo que dedicamos a la contemplación eucarística puede tener muchas dimensiones. En uno de mis folletos me refiero al Antiguo Testamento, en el que hay muchos ejemplos de cómo Dios – “el Dios Fiel” – estaba siempre presente a su pueblo. Moisés pasó cuarenta días y cuarenta noches ante la imponente presencia del Señor en el Monte Sinaí envuelto en una nube oscura pero transparente. La misma presencia que después se trasladó a la Tienda de Reunión, el “Tabernáculo” especial colocado fuera del ámbito del campamento del pueblo



Primera misa del P. Virgilio da Mata Martins, Malhadal, Portugal

nómada y errante. Dios estaba con el pueblo, como “una columna de humo durante el día, y una columna de fuego durante la noche”. La Tienda de Reunión (el Tabernáculo) estaba con el pueblo en la época de los jueces y de los primeros reyes. Con el Templo de Salomón, la presencia se trasladó al Sancta Sanctorum, donde sólo podía entrar el Sumo Sacerdote con la sangre de animales el Día de la Expiación.

Nosotros que somos la Familia de la Sangre de Cristo, ¿cómo entramos a la presencia eucarística?

Desde Santo Tomás de Aquino y la Orden de los Predicadores (subrayado *predicadores*) tenemos el lema “*contemplata aliis tradere*” (transmitir a los demás lo contemplado). Lema que, bien entendido, constituye una orientación excelente. Pero a veces se lo ha interpretado mal, en el sentido de que a partir de estudios abstractos y de inspiraciones personales se pudiera pasar directamente a los programas pastorales y a la dirección espiritual. Hoy más que nunca

tenemos que volver siempre a la experiencia personal, a escuchar a los demás, a aceptar las duras realidades históricas, sociales, económicas de los tiempos. Como decía el Papa Juan XXIII, debemos leer “los signos de los tiempos”.

CONTEMPLACIÓN Y MISIÓN

Muchos de nosotros continuamos usando la lógica del “ver, juzgar, actuar”. En ese caso, después de un día de frustraciones y de choques con las injusticias del mundo, compartiendo la pobreza de la gente, nos ponemos delante del Señor para presentarle los “deseos y oraciones” de nuestro pueblo. Es allí donde comenzamos a ver también la “luz,” “a juzgar” lo que hay que hacer, a descubrir la voluntad de Dios. El P. Michael McCabe, S.M.A., en la charla magistral dirigida a la Asamblea extraordinaria C.P.P.S en septiembre de 2004, afirma varias veces que para participar en la misión de Dios “nuestro primer desafío es el de la contemplación”. Discernir

la presencia del Espíritu en nuestra obra misionera “es fundamentalmente un ejercicio de contemplación”.

Como miembros de una sociedad religiosa de vida apostólica, los predicadores misioneros de la Palabra de Dios deberíamos ser los primeros en decir con Pedro: “¿Adónde iremos? Sólo Tú tienes palabras de vida eterna”. ♦

“Después de un día de frustraciones y de choques con las injusticias del mundo, compartiendo la pobreza de la gente, nos ponemos delante del Señor para presentarle los ‘deseos y oraciones’ de nuestro pueblo.”

CRISTO EN MEDIO DE NOSOTROS

La dimensión social de la adoración eucarística

Como miembro de una orden contemplativa anglicana de la Preciosa Sangre, cuyo símbolo central es la vigilia ante el Santísimo Sacramento en actitud de adoración, acción de gracias, e intercesión, he sido invitada a compartir con vosotros algunas ideas sobre la dimensión social de la adoración eucarística.

El simbolismo central de la Eucaristía es que partimos el mismo pan y bebemos del mismo cáliz. La imagen es la de participar en algo que tiene una unidad: “Como este fragmento estaba disperso sobre los montes, y reunido se hizo uno...” (*Didajé 9,4*). Nosotros compartimos “en comunión” con “...pues todos participamos de un solo pan” (*1 Cor 10,17*). Nos unimos en la comida sacramental, que es el punto de entrada de la humanidad en el misterio de la alianza.

UNA PRESENCIA TRANSFORMADORA

La presencia de Cristo no puede limitarse sólo a la acción sacramental, al reconocimiento de la presencia de Cristo resucitado en la fracción del pan y en el hecho de beber del mismo cáliz, como en la historia de los discípulos de Emaús (*Lc 24*). Cuando participamos en el acto silencioso de adoración delante del altar, de la cruz y del Santísimo Sacramento, y cuando escuchamos su palabra, percibimos la presencia permanente de Cristo y podemos experimentar una continua transformación de nuestro ser.

Cuando adoramos, contemplamos, nos maravillamos, la misma presencia que atrae nuestra atención nos contempla a nosotros y “nos vamos transformando en esa misma imagen” (*2 Cor 3,18*). Nuestro ser se dilata, nuestros temores, prejuicios y límites desaparecen ante la fuente de todo amor y misericordia, “...ahora en Cristo Jesús, vosotros, los que en otro tiempo estábais lejos, habéis llegado a estar cerca por la Sangre de Cristo” (*Ef 2,13*). Es conmovedor recordar que Jesús compartió su última cena, que se transformó en nuestro sacramento, con quienes lo traicionaron.

Si en la presencia del Santísimo Sacramento esperamos y observamos, absortos en un espíritu de silencio y de vacío contemplativo, vacíos de

por Hna. Elizabeth Mary, S.P.B.

nosotros mismos y santificados ante la fuente de toda vida, nos sentimos llevados hacia una *koinonía* o compañerismo cada vez más profundos: “nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo” (*Rm 12,5*). Cuando nos vaciamos de nosotros mismos y “vivimos en su presencia, en el amor” (*Ef 1,4*) nos abrimos a las necesidades del otro. Sólo entrando en la profunda lucha por ir más allá de mis necesidades, ansiedades y conflictos, y “no [dejando] que Dios y el mundo queden fuera de nosotros” (Rowan Williams) es cómo puede nacer la verdad reconciliadora de la Eucaristía.

“Nuestro ser se dilata, nuestros temores, prejuicios y límites desaparecen ante la fuente de todo amor y misericordia.”

EL SUFRIMIENTO: UN CAMINO HACIA LA EMPATÍA

Jesús en su persona doliente y agonizante mantuvo unidos a Dios y el mundo. En su resurrección no hay puertas que puedan cerrarse ante él, pues como encarnación de la misericordia de Dios puede encontrarse en todas partes. Una empatía profunda con los gozos, las penas, los dolores y sufrimientos de los demás envuelve el propio sentido de identidad; orar es celebrar el misterio de la vida ante la Sangre creadora, redentora y santificadora del Señor resucitado. Cuando buscamos sólo a Dios, los demás encuentran la libertad.

Creo que el camino espiritual de nuestra fundadora, la Madre Millicent Mary, la llevó a descubrir que el mayor don que se puede hacer a otra persona consiste en *estar* con ella y junto a ella en oración, potenciándola con la gracia transmitida a través de nuestra presencia orante. Cristo vivió su vida para los demás y la expresión mayor de su amor se reveló cuando derramó su vida, su Sangre, en la Cruz. Así pues, nuestro llamado consiste en *estar presente en el amor hacia los demás*, que es el

corazón de nuestra vida contemplativa. Es del corazón de donde fluye el amor. El corazón es el órgano, el espacio de donde fluye la sangre de vida: la Preciosa Sangre entregada libremente por todos. *Estar* en ese espacio y permitir que nuestros corazones se expandan es ser fieles a nuestra vocación.

LIBERAR LO SACRO DENTRO DE NOSOTROS

Amar y sostener a otros en el amor ante la fuente de toda vida es lo que nos permite estar abiertos, vacíos de nosotros mismos, y en serenidad. Lo que nos permite liberar ese espacio sagrado de nuestro interior, y compartir las ale-

grías, penas y sufrimientos que la vida trae consigo.

Aguardar en presencia del misterio de Dios y desear ansiosamente que su gracia habilitadora y su esperanza iluminadora lleguen a los necesitados forma parte de la acción de rescate de Dios, a través de su compasión transfiguradora y desinteresada y de su obra incesante de creación y reconciliación.

Dios está con nosotros, y nuestra vocación consiste en llevar el Reino de Dios a este mundo desde nuestra vida redimida en Cristo, y viviendo en el amor de Dios, de nosotros mismos y de los demás. ♦

“Orar es celebrar el misterio de la vida ante la Sangre creadora, redentora y santificadora del Señor resucitado. Cuando buscamos sólo a Dios, los demás encuentran la libertad.”

INCULTURACIÓN DEL EVANGELIO en la Celebración Eucarística

por Dario Caal Xi, C.PPS.

A comienzos de la década de los '80 estando en San José, Costa Rica, mientras esperaba la celebración de la eucaristía dominical, un niño se acercó para preguntarme: ¿va a haber Iglesia? La pregunta estaba mal formulada, pues lo que preguntaba el niño era acerca de la celebración de la eucaristía. Solo le respondí que sí, sin aclararle su imprecisión. Él se retiró satisfecho pero yo me quedé confundido con mis cavilaciones.

Después de esta anécdota pensaba: la gente cuando se reúne para la Eucaristía hace Iglesia, construye Iglesia, se realiza la Iglesia. “La Iglesia local se hace plenamente Iglesia, totalmente Iglesia (una, santa, católica, apostólica) cuando celebra la eucaristía presidida por su Obispo y con la participación de todos los fieles, diversos y diferentes en sus ministerios, carismas y espiritualidades. La Eucaristía es como el hogar de la Iglesia. Allí donde se celebra acontece la Iglesia de manera fundamental. No puede, pues, ser considerada la comunidad eucarística como una sucursal administrativa. Aquí y ahora está presente la totalidad del misterio salvífico. La Iglesia local no tiene su origen en la geografía sino en la Eucaristía, en la comunión de los santos. (Cf., *Iglesia Local, Textos Ak' Kutan*, nº 20, pp. 16-17)

EL PUEBLO MAYA Q'EQCHI' EN LA PARROQUIA SANTA CATALINA, LA TINTA

El pueblo Maya Q'eqchi' es un pueblo con “eclesialidad implícita”; es decir, que en su cultura tiene esos pilares y cimientos que le hacen “ser Iglesia”. Esto es lo que amalgama la celebración eucarística en el contexto de la cultura Maya Q'eqchi': su eclesialidad nata. El proceso de la

inculturación del Evangelio ha sido como el espacio y la marca para descubrir esta eclesialidad.

“La vivencia del Evangelio tiene mucho que ver con los pies, porque depende de donde uno esté parado, si en el barro con los pobres, o sobre alfombras con los ricos”. En varias ocasiones se ha afirmado que una de las barreras del proceso de la incul-

“La gente cuando se reúne para la Eucaristía hace Iglesia, construye Iglesia, se realiza la Iglesia.”

turación son las mismas prácticas pastorales. La pastoral supone acción. Pues la inculturación del Evangelio, como Misterio Encarnado del Verbo, solo puede abordarse y entenderse con los ojos del amor, del cariño, de kénosis, de simpatía, de caridad; la inculturación del Evangelio es identidad del seguimiento y sentimientos de Jesús; es actitud y entrega cristológicas; es recrear concientemente los valores del pueblo Maya Q'eqchi' para expresarlos como algo propio. Es necesario asumir y entender la “alteridad”; compartir con el “otro” su lenguaje y maneras propias de ser.

La inculturación del Evangelio es más que teología; es, ante todo, experiencia de Iglesia, voluntad y disponibilidad pastoral; es expresión de la Fe Cristiana desde las categorías propias de una determinada cultura. Si la Eucaristía es “Fuente y Culmen de la Vida Cristiana”, esta debe ser creíble y entendida desde

las formas propias de identidad de cada cultura, desde la propia forma de ser.

LA COMUNIDAD Q'EQCHI' EN TORNO A LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

La Celebración Eucarística en la Parroquia de Santa Catalina (La Tinta), con el pueblo Maya Q'eqchi', es una fiesta comunitaria, una fiesta del pueblo. Supone la preparación y la creación del ambiente espiritual, la preparación psíquica, física y religiosa de los sujetos. Hay un tiempo de ascesis y preparación, en un contexto de reconciliación comunitaria y cósmica; una armonía personal y comunitaria que significa comunión integral y supone preparación de la comida para toda la comunidad, la preparación cuidadosa de las ofrendas, las flores, atención especial a los comensales.

La comunidad se organiza con mucha anticipación para delegar y determinar los distintos servicios que se necesitan para entender y realizar la fiesta. Todos los que participan son celebrantes protagonistas de lo que está sucediendo. Por eso, la Celebración Eucarística no puede ser improvisada y sin preparación previa; una actitud tal puede motivar algunas críticas, pues se carece del sentido festivo y es un signo de tacañería.

Con esto se entiende también que el Sacramento Eucarístico no está manipulado como una actividad de carácter simplemente social: “Misas cantadas, misas rezadas, misas de cuerpo presente, misas de difuntos, misas de graduación, misas de aniversario, misas de cumpleaños” etc.; es decir, un simple “acto de fe” que se usa solo para cubrir una actividad social (supermercado de salvación disponible para el mejor postor).

Para el pueblo Q'eqchi' no hay sentido de celebración eucarística aislada, separada o sin comunidad; no se puede celebrar una fiesta sin gente, sin alegría, sin comida ni bebida, sin signos y símbolos que expresen la felicidad del encuentro.

La comunidad parroquial de Santa Catalina de La Tinta se esfuerza para que la Celebración Eucarística tenga el carácter de banquete e de fiesta, con mesas y manteles grandes, con hermosos platos, con copas rebosantes, con lugares y comida suficientes, que no necesitan triplicar nuestra fe para creer que lo que se come es pan (transubstancialmente Cuerpo de Cristo). Con convicción podemos decir: "Bendito seas Señor, Dios del universo por este pan".

En nuestra cultura, la comida que se ofrece a Dios, la ofrece quien la prepara, es decir, las amas de casa. Por eso ese pan y ese vino que ofrecemos lo preparan nuestras mujeres en la cocina y junto con las comidas rituales, ellas ofrecen "el fruto del trabajo del hombre", entre las luces y

las candelas y la niebla de nuestros inciensos y el susurro de sus oraciones, gran preámbulo de la celebración eucarística. Estas mujeres oferentes, después de presentar los dones en el altar deben ir al atrio del templo para invocar a Dios para que se haga presente, acepte ser el invitado principal y acepte los dones del pueblo.

A la vez, hay gran convocación de la totalidad del cosmos para total armonía y comunión. Esa convocación se desarrolla con música de las arpas, violines, tambores, flautas y marimbas. Los ancianos dicen que nuestra música ancestral invoca los nombres de los montes santos y le dicen: "*okan, hilan wa'chin, na'chin*" ("¡pase y descanse, oh reverencia!") Nuestra celebración Eucarística no es una celebración esotérica, pues las bombas y cohetes anuncian la alegría por los dones ofrecidos a todo el universo.

El sacerdote presiede en la comunidad con la participación y el liderazgo de todos en un arco de servicios comunitarios.

PARTICIPACIÓN PARTICULAR DE LA MUJER

El protagonismo de la mujer se nota en todas las celebraciones eucarísticas con el incensario. Este no es un servicio exclusivo del presbítero, tampoco es un ministerio destinado a los varones. Las mujeres, que desde el inicio de la celebración prepararon las ofrendas de comida, después de la comunión eucarística serán ellas mismas las encargadas de distribuirla a la comunidad y intercambiar el brindis ceremonial con bebidas de cacao.

LOS ANCIANOS Y LAS ANCIANAS

Los ancianos y las ancianas de la comunidad son los presidentes de la gran oración comunitaria, que unidos al presbítero interceden por el pueblo con el aroma de sus copales (incienso); entre la luz de sus candelas dirigen su oración hacia los cuatro puntos cardinales. Esto significa recrear el mundo bueno que Dios quiso desde el comienzo para sus hijos.



Mujeres mayas en misa



Mayas celebran la Eucaristía en Guatemala

“La inculturación del Evangelio, como Misterio Encarnado del Verbo, solo puede abordarse y entenderse con los ojos del amor, del cariño, de kénosis, de simpatía, de caridad.”

Al concluirse la oración de la comunidad, quienes la dirigen son los primeros a saludarse, pues con su palabra manifiestan, expresan y aprueban la satisfacción, la armonía, la comunión de lo que están haciendo. La asamblea realiza la recepción eucarística bajo las dos especies, gesto de plenitud de la comunión total con Cristo y los hermanos. Seguidamente se distribuyen la ofrendas de comida y bebida de cacao como un signo de aceptar la sacralidad de lo que se hace. Una vez concluida esta ceremonia, se danza para Dios, casi para decir como el salmista: “como pagaré al Señor por el bien que me ha hecho”, se ha dado todo y se ha hecho todo, ya solo

queda bailar para Dios. Al final de la celebración eucarística se da la comida comunitaria que expresa comunión, fraternidad, alegría, fiesta. Rechazar la comida es un insulto y un desprecio contra la comunidad, porque la comida es signo de comunión y fraternidad.

ALGUNAS RECOMENDACIONES

Fortalecer la preparación de la Eucaristía como celebración festiva de banquete; fortalecer el servicio ministerial de la comunidad, comunidad servidora; fortalecer el carácter armónico, reconciliado, equilibrado de la comunidad previo a la

celebración eucarística, en cuya base está la justicia social, exigencia profética de ayer, hoy y siempre; evitar que la celebración eclesial sea una rutina. El Presidente de la comunidad debe tener aquel cuidado de celebrar cada eucaristía como si fuera la primera, la mayor y la última eucaristía. ◆

**TALLER
PARA
HERMANOS
Y SACERDOTES
INCORPORADOS
RECIENTEMENTE**

8-17 de julio de 2005

**Abadía de San Felice
Giano dell'Umbria**

(llegada y partida – Roma)

LA EUCARISTIA DE UN CORAZÓN DE PIEDRA A UN CORAZÓN DE CARNE

Escribir sobre la eucaristía, tiene el riesgo evidente de teorizar demasiado, rompiendo sin duda alguna, con su sentido más profundo. Sin embargo me es fácil y de mucha utilidad en este momento de mi vida, reflexionar sobre el asunto a partir de mis experiencias personales. Por lo tanto espero y deseo que las siguientes líneas sirvan de estímulo para mí y para quienes las lean.

Nunca he entendido la celebración eucarística como un rito externo o una celebración de obligado cumplimiento dominical, sino como una realidad vital para mi vivencia del seguimiento de Jesús. Para dar una respuesta desde la experiencia partiré de las preguntas siguientes: ¿Tiene validez la celebración eucarística hoy en día?, ¿Tiene algo que ver la eucaristía con mis alegrías y tristezas?

UN MOMENTO NECESARIO

La conexión con las preguntas precedentes quedan concretadas con la siguiente afirmación nacida de mis vivencias sobre el significado de la eucaristía en mi vida: *“un momento necesario de encuentro con el Señor en comunidad para restablecer e impulsarnos en lo que somos por medio de la revisión de nuestras vidas, la escucha de su Palabra, la participación en su vida de entrega y la invitación inexcusable al compromiso concreto en la construcción de su Reino”*.

La celebración de la eucaristía es un momento privilegiado donde se va dilatando mi corazón de piedra para ir convirtiéndose en un corazón de carne. La eucaristía es necesaria en mi vida y no un mero accesorio. No comprendo mi ser cristiano y me es difícil entender el de otros, sin la celebración de la vida entregada de Jesús en la cena del Señor.

Es un tiempo de encuentro con el Señor. Siempre he pensado que

por Juan Pedro Ruiz Luengo

Jesús no nos dejó una celebración a partir de una necesidad suya, sino que la dejó y nos anima a seguir celebrándola, para encontrarnos con

“No comprendo mi ser cristiano ni el de otros, sin la celebración de la vida entregada de Jesús en la cena del Señor.”

quién se entregó hasta el extremo por nosotros. Participando en esta entrega de Jesús, yo también encuentro el sentido de mi vida.

LA DIMENSIÓN COMUNITARIA

Otro aspecto a destacar es la dimensión comunitaria. La celebración eucarística se caracteriza por ser una asamblea en la que nos reunimos

aquellos que queremos seguir a Jesús. La eucaristía tiene un poder increíble de provocar la cercanía, el cariño y la amistad entre aquellos que acudimos a ella. Nos reunimos entorno a Jesús, pero no como entes individualistas, sino como los convocados a seguirle y practicar la comunión.

Aunque al principio entendí que la eucaristía era una celebración para los puros y no para los pecadores, a lo largo de mi vida he comprendido que la celebración de la cena del Señor es una invitación al seguimiento, y no para los que previamente ya viven en cierto grado de perfección. Con esto quiero decir que la celebración desde mi experiencia es una invitación que Dios nos hace para reunirnos entorno a él, vengamos de donde vengamos, y seamos como seamos, siempre que estemos dispuestos a ser renovados e impulsados a hacer vida el mensaje de Jesús.

Estos rasgos previamente descritos se despliegan en cuatro momentos fundamentales de la celebración, que voy a intentar describir a la luz de mis vivencias.



La Parroquia de la Preciosa Sangre celebra la Eucaristía en Orcasitas (Madrid), España

LA REVISIÓN DE MI VIDA

El primer momento es la revisión de mi vida. No puedo acudir a la celebración, si no parto de la realidad inconsistente y frágil de mi vida. El momento del perdón siempre ha sido una ocasión, no para descubrir en mí lo pecador que soy, sino para caer en la cuenta, fijando mi mirada en Dios, en que estoy viviendo bajo mis posibilidades y que no he hecho todo lo que debía de hacer. No es un perdón estático, sino una conciencia real de que no vivo fielmente a Dios, en razón de todo lo que me ha dado al crearme. Este es un primer momento que personalmente comienza a provocar en mí una apertura al encuentro.

DIÁLOGO CON DIOS

El segundo momento es la escucha de la Palabra de Dios. Comprendo la celebración no desde un monólogo, sino desde un diálogo en el que Dios toma la iniciativa y acude a comunicar su vida en mi vida. Es sobrecogedor pensar que es el mismo Dios quien con su Palabra se dirige a mi vida y a la vida de la comunidad congregada.

CUERPO QUEBRANTADO, VIDA DERRAMADA

El tercer momento es el momento de la comunión. Sin entrar en detalles sacramentales, pienso que el gesto del pan y el vino, convertido en el Cuerpo y la Sangre de Jesús, contiene una sabiduría inquebrantable. Jesús se hace presente en el pan como signo de su Cuerpo partido y entregado y en el vino como signo de su vida derramada. Siempre lo he sentido y lo sigo sintiendo, aún con cierto miedo, que participar de su Cuerpo y Sangre es una llamada a: participar y asumir su forma de ser y hacer, y una invitación a ser instrumentos de amor y libertad.

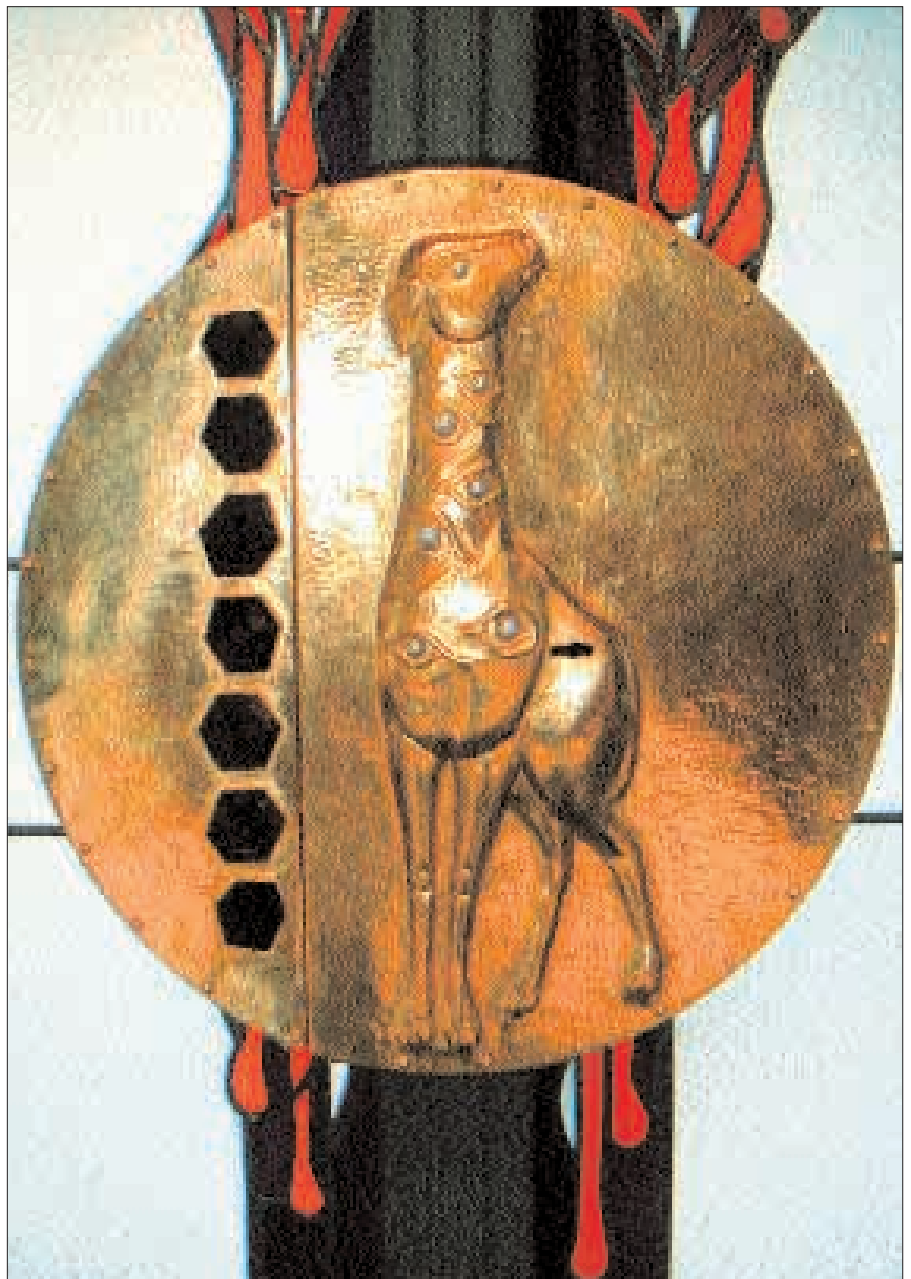
UN ESTÍMULO A LA MISIÓN

Defino este cuarto y último momento como un impulso a la misión. A pesar de todas mis torpezas, la conclusión de la eucaristía se plasma en la llamada al compromiso. Muchas formas de ver la sociedad y a la persona han partido de los frutos de la

“...participar de su cuerpo y sangre es una llamada a ser instrumentos de amor y libertad.”

celebración de la eucaristía. Por ello comprendo que el compromiso por el otro, sobre todo por el que más sufre y por la sociedad resquebrajada en que vivimos, requiere prolongar el mensaje eucarístico de entrega y donación. Desde mi experiencia concreta vivo la acción de gracias de la eucaristía como llamada a ser signo de comunión, fraternidad y vida en aquellos ambientes en que me muevo (sala de clase, familia, parroquia, barrio, etc.).

La eucaristía en mi vida ha sido y sigue siendo una experiencia desde la vida concreta. Los Misioneros de la Preciosa Sangre, en fidelidad a nuestro patrimonio espiritual, debemos trabajar por hacer de la eucaristía una celebración de nuestras vidas a la luz de Dios revelado en la vida de Jesús, que rompa con la frialdad ritual y que llene de su contenido original toda la riqueza de la celebración. ♦



Tabernáculo de la capilla del Centro de la Provincia teutónica en Salzburgo, Austria

Durante este año dedicado especialmente a profundizar nuestro amor a la Eucaristía, hemos considerado conveniente dedicar un número de *El Cáliz* a esta experiencia central de la vida cristiana, que es un aspecto vital de nuestra espiritualidad. La Eucaristía es una síntesis elocuente de la espiritualidad de la Preciosa Sangre y, junto con nuestra oración personal y comunitaria, es un elemento fundamental para vivir nuestra vocación misionera.

VIVIENDO LA EUCARISTÍA

El sacramento de la Eucaristía es un misterio polifacético. En diferentes momentos de la historia se ha ido haciendo hincapié en uno u otro aspecto. Cuando yo estaba en la formación durante los años anteriores al Concilio Vaticano II, la celebración de la Eucaristía acentuaba el aspecto de misterio. La Misa celebrada en latín, el celebrante de espaldas al pueblo durante la mayor parte de la celebración, el canto gregoriano, el uso del incienso, eran algunos de los elementos que contribuían a crear la sensación de misterio. Después del Concilio se comenzó a insistir más en la Eucaristía como comida compartida en comunidad. Se hacía más hincapié en la Misa como celebración, caracterizada por una participación activa, el uso de la lengua vernácula, cantos nuevos, danzas, etc.

Hoy, cuarenta años después del Concilio Vaticano II, probablemente estemos a mitad de camino entre estos dos modos de celebración. Es probable que cada uno de nosotros tenga su preferencia por una determinada forma de celebrar, pero hay un aspecto que quisiera recordar y que está siempre presente en la Eucaristía, porque constituye el núcleo de su mismo significado. Es el aspecto del *sacrificio*.

Que fue el que el Santo Padre recordó especialmente en el mensaje del día de la Vida Consagrada. “Jesús se entrega como Pan ‘partido’ y como Sangre ‘derramada’”, para que todos “tengan vida y la tengan en abundancia” (cf. Jn 10,10). Se ofrece a sí mismo para la salvación de toda la raza humana. Participar en el banquete sacrificial no implica solamente repetir el gesto que él realizó, sino beber del mismo cáliz y participar en su misma inmolación.

“Nuestro llamado y desafío diarios son los de vivir la Eucaristía, y de llegar a ser lo que celebramos: un cuerpo quebrantado y una sangre derramada por los demás.”

El Santo Padre recuerda que “así como Cristo se hace ‘pan partido’ y ‘sangre derramada’”, así todo cristiano – y más aún todo hombre y mujer consagrados – están llamados a dar su vida por sus hermanos y hermanas, en unión con la del Redentor.

Independientemente de nuestras preferencias personales en cuanto a cómo celebrar la Eucaristía, aquello que celebramos y el compromiso al que estamos llamados cuando participamos en la Eucaristía son idénticos. Estamos llamados a ser un *pueblo eucarístico*. Tenemos que vivir en el espíritu de san Ignacio de Antioquía que escribió a los Romanos mientras aguardaba su ejecución por la fe: “Deseo ser molido por los dientes de las fieras a fin de llegar a ser instrumento de Cristo y pan de vida para todos”.

“Partimos el pan de nuestras vidas y derramamos nuestra sangre cada día con Cristo con un amor generoso e ilimitado para servir a los otros y construir el Reino de Dios.”

Nuestro llamado y desafío diarios son los de vivir la Eucaristía, y de llegar a ser lo que celebramos: un cuerpo quebrantado y una sangre derramada por los demás. Este es el significado profundo del mandato pronunciado después de las palabras de la consagración: “¡Haced esto en memoria de mí!” Hacer esto en memoria de Jesús no es simplemente repetir en forma mecánica un gesto ritual, sino una invitación a dejarnos plasmar para amar como él amó: “hasta la muerte”.

Pronunciar con fe y convicción nuestro “Amén” es entrar en comunión de vida y de misión con Jesús. Es una comunión en el amor de Dios.

EN ESTE NÚMERO

Este número de *El Cáliz* ofrece a nuestros lectores varios artículos sobre la Eucaristía en los que se reflexiona desde distintos puntos de vista y experiencias sobre este misterio tan rico.

El artículo central del P. Robert Schreiter, C.P.P.S. ofrece algunas reflexiones muy profundas sobre la Carta Apostólica del Santo Padre “*Mane nobiscum*”, con la que Juan Pablo II inauguró el año de la Eucaristía. Reflexiona sobre lo que significa vivir una “cultura de la Eucaristía” dentro del contexto de la espiritualidad de la Preciosa Sangre. El artículo del P. Schreiter nos ofrece una clave valiosa para reflexionar sobre esta Carta apostólica desde la perspectiva de nuestro carisma que nos invita al ministerio de la Palabra, y para ser promotores de comunión y personas de solidaridad con una humanidad que sufre.

La Hna. Joyce Zimmerman, C.P.P.S. reflexiona sobre el significado de la comunión con el cáliz durante la celebración eucarística. Esta costumbre antigua se ha transformado para nosotros en un gesto significativo y en una expresión de nuestra espiritualidad. Habla de nuestra relación de nueva alianza con Dios y de nuestra misión compartida. Al mismo tiempo, la Hna. Joyce nos recuerda el precio que comporta el beber del cáliz de la comunión: “derramar nuestra vida por los demás como Cristo derramó la suya por nosotros”.

En su artículo sobre la “Contemplación eucarística” el P. Ernie Ranly, misionero en el Perú y residente desde hace poco en Bogotá, Colombia, examina distintos modelos de oraciones litúrgicas de la Iglesia y cómo pueden ayudarnos a entrar en la contemplación, que es el punto de partida de nuestra misión de hoy.

Nos sentimos muy felices de publicar un artículo escrito por la Hna. Elizabeth Mary, S.P.B., una hermana

NUESTROS AUTORES

Darío Caal Xi es el Director de la Misión guatemalteca. Ha trabajado mucho con la población indígena en la región de Alta Verapaz, Guatemala.

Hna. Elizabeth Mary es un miembro de la comunidad contemplativa anglicana de las Hermanas de la Preciosa Sangre, que reside en Burnham Abbey en el Reino Unido.

Ernest Ranly, de la Provincia de Cincinnati, trabajó en la Misión peruana durante más de 25 años. Actualmente es miembro de un equipo que está iniciando una fundación *ad experimentum* en Colombia.

Juan Pedro Ruiz Luengo es un estudiante de la Provincia ibérica que vive y trabaja actualmente en una parroquia de Madrid, España.

Robert Schreiter es miembro de la Provincia de Cincinnati y Consejero General. Profesor en la Catholic Theological Union de Chicago, Illinois (Estados Unidos), así como en la Universidad de Nijmegen, Holanda, es muy conocido a nivel mundial por sus publicaciones teológicas y como orador.

Hna. Joyce Ann Zimmerman es una religiosa de la Preciosa Sangre de Dayton, Ohio, y directora del Instituto de Pastoral litúrgica en Dayton. Actúa frecuentemente como animadora de programas sobre liturgia y cuenta con muchas publicaciones.

contemplativa anglicana. Ella comparte con nosotros sus reflexiones desde el punto de vista de una religiosa que transcurre buena parte de su tiempo ante el Santísimo Sacramento. Describe la dimensión social de la adoración eucarística. A medida que nos vaciamos de nosotros mismos en la presencia amorosa de Dios nos abrimos a las necesidades de los otros. Sostiene que su llamado “a estar presente a los demás en el amor” es el corazón de la vida contemplativa.

La celebración de la Eucaristía en las culturas indígenas de Guatemala es el tema de las reflexiones del P. Darío Caal. Explica cómo los distintos elementos de la cultura maya Q’eqchi’ “se

encuentra como en casa” en las celebraciones eucarísticas de la parroquia de Santa Catalina en La Tinta. Sus celebraciones son verdaderas expresiones de comunidad en las que todos son participantes activos, sobre todo las mujeres y los ancianos de la comunidad. Nos recuerda que la Eucaristía requiere mucha preparación para ser una verdadera celebración de la vida de la comunidad.

Por último, Juan Pedro Ruiz, un seminarista de la Provincia ibérica, comparte con nosotros lo que la Eucaristía significa para él. Para Juan Pedro la Eucaristía nunca se reduce a un simple ritual que hay que cumplir sino que entraña el verdadero significado de su vida. Es un momento de comunión con Jesús que comunica su vida y comparte sus ideales. A través de la participación en la Eucaristía, los vínculos de fraternidad se fortalecen y el compromiso de continuar la misión de Jesús se renueva.

CONCLUSIÓN

Como personas y comunidades que viven bajo el estandarte de la Preciosa Sangre, la Eucaristía es un momento privilegiado para celebrar nuestra espiritualidad y renovar nuestro carisma. Estamos llamados a *vivir la Eucaristía*, a ser personas y comunidades eucarísticas. Así pues, partimos el pan de nuestras vidas y derramamos nuestra sangre cada día con Cristo con un amor generoso e ilimitado para servir a los otros y construir el Reino de Dios. Nuestro camino a la santidad consiste en vivir la Eucaristía, en llegar a ser lo que celebramos. ♦

Próxima edición: OCTUBRE, 2005
“La Casa de Misión”

Printed by Stilgraf Cesena - Italy

El Cáliz de la Nueva Alianza

Una Publicación de la Curia General C.P.P.S.

Viale di Porta Ardeatina, 66 - 00154 Roma

ITALIA

web site: <http://www.mission-preciousblood.org>